

AXAYÁCATL CAMPOS GARCÍA ROJAS y YORDI ENRIQUE GUTIÉRREZ BARRETO (coord. y ed.), *En línea caballeresca. Lecciones del Seminario de Estudios sobre Narrativa Caballeresca*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2020, 199 pp. (@Schola), ISBN: 978-607-30-3608-5.

Esta publicación reúne siete trabajos que en su origen fueron conferencias impartidas en el Seminario de Estudios sobre Narrativa Caballeresca, entre octubre de 2017 y mayo de 2018, según informa en la breve introducción el coordinador del volumen (y del seminario mismo), Axayácatl Campos García Rojas. Se trata de un conjunto de investigaciones en curso o recién concluidas por jóvenes investigadores e investigadoras de México, España e Italia. El volumen incluye el prólogo de José Manuel Lucía Megías, “Los libros de caballerías en línea”, en el que, tras recordar la impronta que dejó la ficción caballeresca en los lectores de los siglos XVI y XVII, realiza una síntesis precisa de la crítica especializada en torno a la “columna vertebral literaria y editorial de los Siglos de Oro [...] pese a la visión simplista y empobrecedora de su riqueza textual y narrativa” (14), y vigente hasta hace no mucho tiempo. Como bien señala el especialista, los trabajos pueden agruparse en torno a cuatro ejes: el contexto, la composición narrativa, los temas y motivos, y la pervivencia del género caballeresco, pero que no corresponden, *strictu sensu*, a la ordenación de los trabajos en el volumen, pero que sí he de considerar en esta reseña.

“La propaganda y la mentalidad en los prólogos del libro de caballerías: primer acercamiento” (114-133), de Almudena Izquierdo Andreu, se centra, como lo señala desde las primeras líneas, en el panorama histórico y social de la época de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V. La autora parte del supuesto teórico de que la literatura contribuyó, al igual que las artes plásticas, a difundir el ideario de los Católicos, según lo han asentado ya trabajos previos de Ángel Gómez Moreno, Alan Deyermond y Fernando Gómez Redondo. Si bien con frecuencia señala posibles huellas de la realidad en algunos textos ficcionales, se centra en la presencia de ésta en el prólogo, esa “declaración de intenciones del autor de la obra” (117). Considera como una verdadera obsesión de la época el sentido mesianico y profético dado a la figura de Fernando de Aragón, y que continuará a través de Carlos, que será considerado *miles Christi*; en esta visión confluyen tanto la visión medieval de la caballería como el pensamiento erasmista. La importancia del perdón y la clemencia, también

atribuidas al emperador, se verá plasmada principalmente en los preliminares del *Rogel de Grecia*, de Feliciano de Silva (1551). Mientras el ejército se va consolidando como grupo especializado, la vieja caballería de la nobleza “en tanto que clase social y figura militar se ve cada vez más acorralada, su prototipo idealizado vive un momento álgido en las páginas de las ficciones, en los juegos caballerescos y en el medio artístico” (125). Así, un proceso iniciado durante el siglo xv, la discusión sobre la naturaleza de la caballería (romana o cortés), derivará en el tema de la disputa entre las armas y las letras, asunto que se debate en los textos preliminares, pero para la autora “falta todavía un estudio preciso sobre las armas y las letras en el libro de caballerías que articule su uso particular en las ficciones” (129).

102

El trabajo de Daniel Gutiérrez Trápaga, “La poética cíclica en los libros de caballerías castellanos y los combates entre protagonistas: del *Amadís de Gaula* al *Amadís de Grecia*” (65-87), puede ser considerado el único que se ocupa de la estructuración del género, porque si bien se acerca a un tema único, el combate, se sirve de éste para explicar la manera en la que se conforma un ciclo narrativo. Gutiérrez Trápaga considera que el proceso de creación cíclico está presente en la literatura clásica y medieval, pero ha sido desatendido por la crítica con respecto a la narrativa áurea, por lo que es un campo inexplorado casi por completo. Comienza por señalar que las continuaciones presentan varias aristas, ya que puede tratarse de obras con múltiples autores o, por el contrario, de autores únicos; de desarrollos que continúan la historia que las preceden o, al revés, de analepsis; que pueden ser o de modificaciones surgidas por descuidos o, también, de enmiendas deliberadas. El ciclo del *Amadís* resulta paradigmático en ese sentido ya que es el único que cuenta con tantas continuaciones (10 libros). Basado en dos de las categorías de Genette (transposición e imitación), analiza el motivo del combate ligado a la búsqueda del linaje. En las *Sergas de Esplandián* la lucha entre Amadís y su hijo destaca las relaciones intertextuales entre ésta y las versiones medievales del *Amadís*; se trata de una transposición que no solo incide en el esperado relevo generacional sino también en la demostración de la superioridad de un modelo de caballero sobre el otro y, en última instancia, de la forma narrativa: “El combate entre los protagonistas no es sólo una batalla entre personajes, sino también entre los relatos que éstos protagonizan” (73). A la vez, se creará un nuevo plano, el intertextual, pues al configurar un texto ficticio (el manuscrito encontrado en la ermita de Constantinopla), se anulan por completo las versiones medievales de la historia. Por su parte, el *Florisando*, de Páez de Ribera, se construye como una transposición de la versión de Montalvo, al enfatizar “el aspecto religioso y didáctico, condenando la magia y privilegiando

una mayor dosis de verosimilitud” (76); además, a partir del enfrentamiento entre Esplandián y Florisando, Páez destacará la superioridad moral de su personaje. *Lisuarte de Grecia*, de Feliciano de Silva, a su vez, “introdujo modificaciones respecto a las *Sergas*, pero sin contravenir de manera explícita sus aspectos centrales” (81), mientras que en la siguiente de sus continuaciones, el *Amadís de Grecia*, no sólo reacciona contra la rama heterodoxa, sino incluso contra el modelo de caballero que planteara Rodríguez de Montalvo con Esplandián, restituyendo así el papel destacadísimo del modelo amadisiano.

Frente a la propuesta de Gutiérrez Trápaga dedicada a los ciclos narrativos, Giulia Tomassi se decanta por obras que carecen de continuaciones o reimpressiones. De las diecisiete obras que considera, en el presente trabajo únicamente se ocupa de dos de ellas, tal y como expresa en el título de su artículo: “Hacia un repertorio de personajes divergentes y motivos caballerescos: unas notas sobre *Valerían de Hungría* y *Cirongilio de Tracia*” (89-111). A partir de la metodología de Juan Manuel Cacho Blecua, puesta a prueba por Ana Bueno Serrano en su tesis doctoral “Índice y estudio de motivos en los libros de caballerías castellanos (1508-1516)” (2007), Tomassi considera la existencia de tres tipos de motivos: los de uso canónico, que no presentan ninguna variación; los que, pese a su estabilidad, admiten variantes y los propiamente divergentes, en los que cambia el sentido pero no la forma de enunciarlos. Ejemplifica su aserto a través de Boralda, la maga que aparece en el *Valerían de Hungría*; a pesar de ser un personaje perverso, es perdonada en dos ocasiones e, incluso, tendrá la oportunidad de morir arrepentida. De igual manera, el jayán Epaminón, del *Cirongilio de Tracia*, no sólo es capaz de adaptarse al ámbito cortés y de aceptar el cristianismo sino que, además, se vuelve una suerte de evangelizador entre los suyos. “En este proceso de desvío se aprecia la complejidad del personaje novelesco y su capacidad de infringir a unos modelos paradigmáticos” (111). En esta misma línea de personajes anómalos se inscribe el breve trabajo de Andrea Flores García, “Atuendos galanes para criaturas extrañas en los libros de caballerías I: los gigantes” (135-147). Como bien señala la autora, los gigantes funcionan predominantemente como los antagonistas del caballero y aparecen por lo general ligados a la naturaleza; de allí que vistan ropas provenientes de su entorno, como pieles y conchas. Por eso resulta tan llamativo que un personaje como Callibufeo, que irrumpe en la corte del *Baldo*, aparezca vestido de damasco negro acolchado, con guantes de piel de tigre y calzado de cuero atado con cintas de oro; a esto se añade un llamativo tocado de plumas. Esta galanura en el vestir contrasta con su horrenda cara; a decir de Flores, su maldad interna también contrastará con la vestimenta. “Pero no en todas las uniones gigantismo-galanura se pierde el equilibrio entre el vestir y

el ser” (144), como ocurre con Mayortes, gigante del *Primaleón*, y con Almatrafa, jayana del *Lisuarte de Grecia*, que se adecuan perfectamente a los usos cortesés; “en esta novedosa imagen del gigante engalanado, hay diversos motivos por los que se da esta transformación en el vestir, por conveniencia, para imponer aún más su constitución, o por abandonar la vida pasada y tener una nueva” (146).

El espacio es el aspecto que estudia Stefano Bazzaco en “‘Acordó de encantar la isla de tal manera que nadie la pudiese fallar’. Reescrituras del mito de la isla inalcanzable en el género de los libros de caballerías castellanos” (19-41). Comienza su trabajo con un sucinto panorama sobre los territorios insulares que figuran en la literatura griega clásica. Se ocupa después de las islas de la Edad Media, con Ávalon como referencia inexcusable, y que en la reelaboración hispánica se convertirá en la Ínsula no Hallada, donde Urganda permite la recuperación de Galaor y Cildadán, en el segundo libro de *Amadís de Gaula*. Subraya que en ella se aprecia una mezcla entre lo feérico y lo artificial: “la isla mítica, bajo el influjo de una sustancial racionalización, ha pasado a representar un lugar estructurante de la aventura caballeresca, la residencia de un mago protector, ilocalizable e inaccesible si no es por voluntad de su dueño” (32). Su impenetrabilidad la vuelve un espacio propicio para la educación del héroe, como puede verse en los ejemplos provenientes de los Palmerines, y que se manifiesta igualmente en la Isla Bel la Encubierta, de *Leandro el Bel*. Finalmente, la otrora isla de Urganda se convierte en la Isla Peligrosa al ser invadida por la maga Eutropa, y será Palmerín de Inglaterra el encargado de restaurarla a su antigua virtud. A partir de los ejemplos analizados, Bazzaco considera que la isla es un motivo de extrema ductilidad pues va adaptando sus características al gusto del público receptor.

En cuanto a las investigaciones sobre la pervivencia de la literatura caballeresca, cronológicamente la primera corresponde a María Gutiérrez Padilla, quien en su trabajo “Magia y maravilla en la comedia caballeresca áurea. Un acercamiento a partir de la semiótica teatral” (149-167) profundiza en la representación escénica de los encantamientos y de los espacios maravillosos en cuatro comedias: *La casa de los celos*, de Cervantes; *El conde Partinuplés*, de Ana Caro; *Palmerín de Oliva*, de Pérez de Montalbán y *Los celos de Rodamonte*, de Lope de Vega. Su exposición está dedicada por completo al texto espectacular, por ejemplo, a la transformación de personajes de fieras en humanos o viceversa, lo que se lograba mediante recursos escénicos, ya sean fijos o móviles, como el bofetón, el pescante o el escotillón; igualmente el vestuario o la intervención de ayudantes ocultos bajo muebles, como ocurre durante el banquete de Partinuplés, contribuyen a crear los efectos mágicos. Incluso, el

simple aprovechamiento de los espacios físicos, como ocurriría seguramente en las representaciones de palacio. Las reconstrucciones que presenta se basan principalmente en textos contemporáneos, ya sea documentos que explican el funcionamiento de los mecanismos enunciados o testimonios de asistentes a los corrales. También se vale de información proveniente de libros de cuentas o de indicaciones precisas que aparecen en obras coetáneas, sin olvidar las investigaciones precedentes. Lo que no cabe duda es que, en muchos casos, los signos verbales, las didascalias explícitas, podrían haber sido suficientes para el espectador de ese teatro de palabras, que tan atinadamente definiera Alfredo Hermenegildo.

“Exponentes de la materia caballeresca hispánica contemporánea” (43-63) de Julio Enrique Macossay Chávez está dedicado a ficciones contemporáneas, publicadas entre 1957 y 2002 (5 españolas y 2 latinoamericanas), a las que las une “una ficcionalización medieval enfocada en crear un mundo reminiscente al de las novelas de caballerías” (45). Sus descripciones se basan en tres elementos caracterizadores del género caballeresco: los hechos de armas, el amor y la espiritualidad. El recuento inicia con dos obras de Joan Perucho, el *Libro de caballerías* y *Las aventuras del caballero Kosmas*; en la primera, dos tiempos, la Edad Media y el presente del narrador, se superponen, mientras que en la segunda el autor catalán subraya el tema espiritual sobre el amoroso. En cambio, en *Erec y Enide*, de Vázquez Montalbán, el aspecto religioso está ausente, mientras que *En busca del unicornio*, de Juan Eslava Galán, el amor es casi inexistente. *El unicornio*, del argentino Mújica Lainez, aunque situada cronológicamente en el siglo XII, es una novela plena de fantasía, si bien con un final trágico. Aunque Paloma Díaz-Mas ubica su novela *El rapto del Santo Grial* en el universo artúrico, para Macossay se trataría más bien de una novela histórica, pues la magia no aparece. Hugo Hiriart en *Galaor* también presenta una doble trama, por una parte, la iniciación del caballero que busca una jirafa (el camelopardatis de la novela), y por la otra, el rescate de una dama prisionera, en realidad enamorada de su captor. Quizás hubiera sido interesante que el autor enfatizara la degradación del mundo caballeresco en la mayor parte de las obras, muchas de la cuales se valen del humor. También debo señalar que en este caso se nota claramente que el trabajo forma parte de uno más extenso, pues se remite a información que no se encuentra aquí.

El volumen cierra con las semblanzas de los participantes y una nutrida bibliografía que recopila todos los trabajos citados por los autores del volumen.

Finalmente quisiera referirme al soporte mismo de la publicación, pues se trata de un libro digital, que permite cierta interactividad con el contenido, como la posibilidad de desplazarse entre los trabajos y el índice; sin embargo,

no se aprovechan del todo las posibilidades que ofrece la multimedia y que, sin duda, enriquecerían algunos de los trabajos, como los de Andrea Flores o María Gutiérrez, por ejemplo. En este mismo sentido, quizás el tipo de soporte permita enmendar ciertos errorcillos detectados y que podrían corregirse en aras de una limpieza textual que, en general, se aprecia en el trabajo editorial: Higinio y no Higinio (23); Francisco de Moraes y no Moreas (40 n); el desconcertante Arturo medinés (74), que en realidad ha de tratarse del “autor medinés”; *Armorial* en vez de *Armonial* (118); el título deturpado del *Silves de la Selva* (132 n); el trono (155), que aparece en vez del correspondiente torno o el “mérese” (162) en lugar de “métese” o el que el nombre de la autora aparezca también en letras cursivas, por lo que parece parte del título (151 n). Pese a estos pequeñísimos dislates, no puedo sino concordar con Lucía Megías, que considera que este volumen constituye “una buena muestra de la riqueza de acercamientos y temas de análisis de los libros de caballerías en la actualidad” (16) y que, sin duda no es sino una pequeña muestra de lo que habrá de ser una serie de publicaciones del Seminario de Estudios sobre Narrativa Caballeresca.

CARLOS RUBIO PACHO

*Universidad Nacional Autónoma de México*

pacho@unam.mx